

**Julián Carrón**

**¿HAY ESPERANZA?**

***La fascinación de un descubrimiento***

CAPÍTULO 3

UN SOBRESALTO IMPREVISIBLE

El presente, con sus sacudidas, ha sacado a la luz aspectos de la vida que habíamos dado por descontados. «Así es como se comportan los hechos. Desinflan cualquier burbuja de presunción, hacen pedazos las teorías, destruyen las convicciones»<sup>1</sup>. Para muchos se ha vuelto urgente de repente, aunque sea por un instante, esa exigencia de un significado último frente a la vida y la muerte que no podemos mantener a raya totalmente. Muchas evidencias han caído, no es algo nuevo, ya no forman parte de nuestro bagaje cultural de partida. Y si, como decía Morin, la incertidumbre es la clave de nuestro tiempo, esta se ha visto incrementada ulteriormente por la pandemia, debido a su gravedad y persistencia. Se ha vuelto difícil, independientemente de la posición de la que se parta, permanecer anclados en lo que ya sabemos, fiarse por inercia de la ilusión de que tenemos la vida en nuestras manos. Pero, paradójicamente, quizá resulte una ayuda ver cómo se quiebran algunas de nuestras presunciones monolíticas, experimentar cómo se produce una grieta en el muro de nuestras seguridades. Lo canta Leonard Cohen: «Hay una grieta en cada cosa / así es como entra la luz»<sup>2</sup>.

### **1. «Un imprevisto es la única esperanza. Pero me dicen que decírselo es una estupidez»**

Todas las mañanas vuelve a empezar la lucha. Cada uno lo puede ver cuando se levanta y se dispone a afrontar el viaje del día esperando el cumplimiento. Es un drama que se describe con gran eficacia en una conocida poesía de Montale, *Antes del viaje*.

«Antes del viaje se consultan los horarios,  
los enlaces, las paradas, los hoteles  
y las reservas (de habitaciones con baño  
o ducha, con una cama o dos o incluso un *flat*);  
se consultan  
las guías Hachette o las de museos,  
se cambian divisas, se separan  
francos de escudos, rublos de copeks;  
antes del viaje se informa  
a algún amigo o pariente, se revisan  
maletas y pasaportes, se completa  
el ajuar, se compra un paquete extra  
de hojas de afeitar; eventualmente

<sup>1</sup> I. B. Singer, *Nemici. Una storia d'amore*, Adelphi, Milán 2018, pp. 145-146; la traducción es nuestra.

<sup>2</sup> «There is a crack, a crack in everything / That's how the light gets in» («Anthem»), letra y música de Leonard Cohen, del álbum *The Future*, 1992, Columbia Records).

se echa un vistazo al testamento, puro  
exorcismo, pues los desastres aéreos  
en proporción son mínimos;

antes

del viaje se está tranquilo, pero se sospecha que  
el cuerdo no se mueve y que el placer  
de volver cuesta un disparate.

Y después uno se marcha y todo está O.K., y todo  
es para bien e inútil.

.....

Y ahora, ¿qué será  
de *mi* viaje?

Demasiado escrupulosamente lo he estudiado  
sin saber nada. Un imprevisto  
es la única esperanza. Pero me dicen  
que decírselo es una estupidez»<sup>3</sup>.

Podemos prepararlo todo para afrontar el viaje de la vida, de cada día, de cada hora, con sus correspondientes compromisos. Y sin embargo, antes incluso de saber cómo irá, nos podemos confesar a nosotros mismos: «Todo es para bien e inútil». Por muy inconscientes o distraídos que estemos, presentimos la envergadura de nuestra espera y estamos seguros de entrada de que todos nuestros preparativos no servirán para el objetivo, no serán capaces de procurarnos lo que esperamos, de cumplir la espera del corazón con que nos despertamos por la mañana o con que empezamos el viaje. La experiencia que ya hemos vivido nos lo ha enseñado. Entonces comprendemos que es verdad que «un imprevisto es la única esperanza»: tiene que suceder algo que no está dentro de nuestros planes, que supera nuestros preparativos, nuestros proyectos. «Solo lo que nos viene de fuera, graciosamente, por sorpresa, como un obsequio de la fortuna, sin que lo hayamos buscado, es júbilo puro. Paralelamente, el bien real no puede venir más que de fuera, nunca de nuestro trabajo. En ningún caso podemos fabricar algo que sea mejor que nosotros»<sup>4</sup>.

Que pueda suceder este imprevisto representa el culmen de la espera humana. «Pero me dicen que decírselo es una estupidez», concluye Montale. Si, por un lado, él reclama este imprevisto –como la «única esperanza»–, por otro niega que pueda suceder. Los «cuerdos» declaran que es una tontería propia de niños, de gente ingenua, pensar que ese imprevisto pueda suceder de verdad. También nosotros sucumbimos muchas veces a esta tentación y nos conformamos: «Sí, decírselo es una estupidez». Pero, ¿es verdad? Si desafiamos esta frase sometiendo la razón a la experiencia, nos damos cuenta de que la única verdadera estupidez es encerrar la realidad dentro del horizonte angosto de lo ya sabido, creer que ya nos lo sabemos todo, marcando los límites de lo posible sin esperar ya nada.

«Tengo la impresión», hace decir Michel Houellebecq al afanoso protagonista de su última novela, «de que incluso cuando te adentras en la auténtica noche, la noche polar, la que dura seis meses seguidos, subsiste el concepto o el recuerdo del sol. Yo había entrado en una *noche sin fin*, y

<sup>3</sup> E. Montale, «Antes del viaje», en Id., *Satura*, Icaria, Barcelona 2000, pp. 141-142.

<sup>4</sup> S. Weil, *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid 1994, p. 54.

sin embargo, en mi interior, subsistía algo, mucho menos que una esperanza, una incertidumbre, digamos. También se podría decir que incluso cuando personalmente has perdido la partida, cuando has jugado tu última carta, perdura en algunos [...] la idea de que *algo en los cielos* va a hacerse cargo del juego [...] y ello incluso cuando nunca has advertido, en ningún momento de tu vida, la intervención ni tampoco la presencia de una divinidad cualquiera, incluso cuando eres consciente de que no mereces especialmente la intervención de una deidad favorable, e incluso cuando te das cuenta, considerando la acumulación de errores y faltas que constituye tu vida, de que la mereces menos que nadie»<sup>5</sup>.

La única verdadera estupidez es negar la posibilidad del acontecimiento. Giussani habla en este sentido de un auténtico «delito contra la suprema categoría de la razón, la categoría de la posibilidad»<sup>6</sup>. Aunque esa posición escéptica parezca la más razonable, se trata en realidad de un delito contra la razón. Nadie puede afirmar –eso sí que sería estúpido– que lo conoce todo, que lo domina todo, que puede prever todo lo que puede suceder, hasta el punto de excluir la posibilidad de que suceda el imprevisto del que habla Montale. La categoría de la posibilidad pertenece a la naturaleza de la razón. Por ello la única posición verdaderamente razonable es dejar abierta la posibilidad. No solo al principio, sino siempre, ahora, en cualquier momento de la vida.

Dejar abierta la posibilidad de que suceda algo que supere nuestra capacidad de previsión no es renunciar a la razón, sino vivir hasta el fondo la razón, según su naturaleza y su ímpetu original, es decir, como una ventana abierta a la realidad y no como medida. El escepticismo preventivo hacia todo aquello que supera nuestra medida supone un bloqueo de la razón, no su culmen, y nos afecta más de lo que creemos, penetra en nosotros sin que nos demos cuenta de ello<sup>7</sup>.

Me escribe un joven amigo: «Me gustaría contarte brevemente cómo he vivido este último periodo, después de haber leído la pregunta de estos Ejercicios: “¿Hay esperanza?”. La canción que mejor describe estos meses es *Amare ancora* de Chieffo: “Qué amargura, amor mío, / ver las cosas como yo las veo”. Descubro que no tengo la misma frescura que tenía en mis primeros años de universidad, que no tengo la misma sencillez en la mirada: el escepticismo que invade el mundo me invade también a mí. Me sorprende muchas veces con una gran resistencia a decir que es Dios quien me da las cosas y que son un regalo. Miro un paisaje precioso y se insinúa en mí una sospecha sutil sobre la experiencia de correspondencia que vivo ante esa belleza. Es una sospecha que me hace daño, que me provoca una gran tristeza: ¡qué *amargura* ver las cosas de este modo! Tengo esta amargura porque he sido testigo y protagonista de otra forma de mirar la realidad: la música que estudio, el cielo, el mar, las montañas, los árboles, todo lo reconocía como signo de Uno que me prefiere, que me afirma como un ser único, exclusivo e irrepetible en todo el universo. Este mismo escepticismo lo vivo, con inmenso dolor, también con respecto a Cristo, Aquel al que, sin embargo, he reconocido presente en esta compañía. Prosigue la canción: “Bastaría solamente con volver a ser niños y recordar... / que todo nos es dado, / que todo es nuevo y está liberado”. Esto lo viví en los primeros años de experiencia del CLU [los universitarios de Comunión y Liberación], y fue

---

<sup>5</sup> M. Houellebecq, *Serotonina*, Anagrama, Barcelona 2019, p. 248.

<sup>6</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 40.

<sup>7</sup> Observa Vasili Grossman, en boca de un personaje de su gran novela: «Comienzo a sospechar que no queda nada de los hombres, salvo la vigilancia» (V. Grossman, *Vida y destino*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2007, p. 404).

realmente el paraíso en la tierra». Entonces pregunta: «¿Hay esperanza de que yo pueda volver a ser como un niño, a mirar como antes? ¿Es posible volver a educar esta mirada que se ha corrompido?».

Existe un escepticismo que nos invade, y con él una sospecha que arruina cualquier señal de belleza que se asome a nuestro camino<sup>8</sup>. La sombra que proyecta tal sospecha sobre todo lo bello que aparece ante nuestros ojos es como una maldición. Y de las entrañas de la tristeza que deriva de ella surge la pregunta: «¿Hay esperanza de que yo pueda volver a ser como un niño, a mirar las cosas como antes? ¿Es posible volver a educar esta mirada que se ha corrompido?». Es la misma pregunta del viejo escriba Nicodemo, doctor de la ley: «¿Acaso puedo nacer de nuevo siendo viejo?»<sup>9</sup>. ¡Qué gracia poder repetirla de un modo no retórico –como si fuera una cita más, como para cubrir nuestra indignancia con una mano de cultura–, sorprendiéndola mientras brota de lo más profundo de nuestra persona en toda su verdad! «Pero ¿se puede nacer de nuevo siendo viejos?».

Con frecuencia encontramos en nosotros una falta de disponibilidad, de apertura a la posibilidad, una tendencia a cerrar, a bloquear la puerta a lo que sucede. Escribe una universitaria: «En los meses que precedieron a la segunda ola, ¡cuántos momentos tirados! Me parecía que nada tenía que ver conmigo. Después, en el mes de noviembre, han pasado muchas cosas que han abierto una brecha. En primer lugar, he dado positivo por Covid y he tenido que estar aislada en mi habitación veinticinco días. Paradójicamente, ha sido el momento en que me he sentido más acompañada, tanto por personas queridas como por personas nuevas. Durante el mes de aislamiento me he implicado en la organización de las elecciones universitarias y han sido unos días intensísimos. La compañía que he experimentado en el mes de noviembre ha sido realmente algo excepcional para mí, más todavía si pienso en la circunstancia particular en la que ha sucedido todo. Durante los últimos días de cuarentena fue también mi cumpleaños. En una situación todavía de total aislamiento y lejanía de amigos y familiares, he tenido la posibilidad de experimentar nuevamente un amor por mí enorme y gratuito por parte de todos esos rostros especiales que, de las formas más creativas, me han acompañado durante todo el día. Me siento verdaderamente agradecida y afortunada. Azurmendi<sup>10</sup> conoció el movimiento a través de la radio, y yo me he visto recuperada mientras estaba sola en mi habitación a través de las llamadas por Zoom y de las elecciones. Pero, ¿hacia falta el Covid para volver a vivir las cosas? Realmente, no hay nada previsible ni ordinario en la modalidad con que nos alcanza el Misterio. Entonces, me digo a mí misma que la cuestión fundamental es estar disponibles. Pero esto me resulta dramático a veces, y, cuanto más asalta la nada mis jornadas, más me cuesta hacerlo».

Darse cuenta de lo fundamental que es esta apertura, esta disponibilidad, es ya un gran paso. Muchas veces nos parece poca cosa estar abiertos, disponibles, y sin embargo es la cuestión fundamental, hasta el punto de que Jesús dice: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de

---

<sup>8</sup> Subraya Daniélou: «Este es el drama del hombre de hoy. Actualmente vivimos en el universo de la desconfianza, en un mundo donde hemos sufrido tantos engaños que ya no creemos en la palabra verdadera, y un mundo así es espantoso» (J. Daniélou, *La cultura tradita dagli intellettuali*, Rusconi, Milán 1974, pp. 28-29); la traducción es nuestra.

<sup>9</sup> «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?» (Jn 3,4).

<sup>10</sup> Mikel Azurmendi, antropólogo y filósofo vasco, se ha ocupado en su larga carrera de algunos de los temas más apremiantes de la sociedad moderna como la inmigración, el nacionalismo, el yihadismo y el valor público de la experiencia religiosa. Ha dedicado a su encuentro con Comunión y Liberación el libro *El abrazo. Hacia una cultura del encuentro*, publicado en España por la editorial Almuzara en 2018 y en Italia por la BUR-Rizzoli en 2020.

ellos es el reino de los cielos»<sup>11</sup>. Es decir, es preciso que aquello que puede colmar la espera del corazón encuentre en nosotros una apertura, una disponibilidad para dejarlo entrar, la «grieta» a través de la cual pueda introducirse su luz<sup>12</sup>.

Nos parece imposible, decía antes. Pero ¿y si ocurriese? ¿Y si lo encontrásemos? ¿Y si viniese a buscarnos? ¿Y si, como ha escrito Manuel Vilas en *El País*, cayese «belleza del cielo para todos los hombres y mujeres de este planeta»?<sup>13</sup> Si sucediese el imprevisto, haría falta una disponibilidad última, una lealtad que está íntimamente conectada con el ejercicio de la razón y que de algún modo nunca es obvia. «‘Razonable’ es aquel que somete su razón a la experiencia»<sup>14</sup> –es una frase de Jean Guilton que nunca dejaré de repetirme, pues es decisiva para vivir–. Cuando se produce algo imprevisto, cada uno verifica –pone a prueba– su propia disponibilidad para someter la razón a la experiencia. Tal disponibilidad es un gesto de madurez que el hombre solo alcanza después de un largo camino, si no tiene un corazón de niño<sup>15</sup>.

Son muchas las situaciones en que nos damos cuenta de la actitud que tenemos. «Trabajo como enfermera en un quirófano, y en noviembre me mandaron a la unidad de cuidados intensivos de Covid. Pensaba que iba a estar a la altura, pues tenía un gran deseo de ayudar. ¡Nada más equivocado! La realidad que tenía ante mí era de tal dureza que no era capaz de soportarla, todo lo que era y creía que era, todas mis certezas quedaban borradas cuando cruzaba el umbral de la unidad. Empecé a pensar que no iba resistir y pedí que me cambiaran de planta. Pero las preguntas que hieren necesitan una respuesta, no un cambio de circunstancias, porque siguen estando ahí. Al volver entonces a la planta Covid, me di cuenta de que había sobre todo compañeros muy jóvenes, que habían sido contratados ante la situación de emergencia, que tenían un gusto por el trabajo y una pasión que me asombraba y reanimaban mis ganas y mi deseo de estar ahí. Se necesita alguien a quien seguir que lleve escrita en la cara una esperanza. Se necesita alguien que vuelva a abrir el horizonte».

## 2. Hay quien afirma que el imprevisto ha sucedido

«Hemos encontrado al Mesías»<sup>16</sup>. Es la noticia que atraviesa la historia: lo que nuestro corazón espera se ha hecho presente, el imprevisto del que hablaba Montale ha sucedido en un lugar y un tiempo precisos. Esta noticia recorre la historia desde el día en que Juan y Andrés se toparon con Jesús de Nazaret a orillas del Jordán hace algo más de dos mil años.

---

<sup>11</sup> Mt 5,3.

<sup>12</sup> Escribe Lewis a este respecto: «Pero yo no puedo, a través de un esfuerzo moral directo, proporcionarme a mí mismo nuevos motivos. Después de los primeros pasos en la vida cristiana nos damos cuenta de que aquello que verdaderamente necesita hacerse en nuestras almas solo puede ser hecho por Dios [...]. Nosotros, como mucho, permitimos que se nos haga» (C.S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 2007, p. 203).

<sup>13</sup> M. Vilas, «La poesía», *El País*, 29 diciembre 2020.

<sup>14</sup> J. Guilton, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2013, p. 85.

<sup>15</sup> Observa Lewis: «Cristo no quiso decir que debíamos permanecer como niños en cuanto a *inteligencia*: por el contrario, nos dijo que fuéramos no solo “inocentes como palomas”, sino también “cautos como serpientes”. Cristo quiere un corazón de niño, pero una cabeza de adulto» (C.S. Lewis, *Mero cristianismo*, op. cit., p. 92).

<sup>16</sup> Jn 1,41.

Nosotros, que hemos sido alcanzados por esta noticia, nos encontramos frente al problema de su credibilidad: ¿es Jesús de Nazaret lo que dice ser? ¿Es realmente Dios hecho hombre? Consideremos el contenido del anuncio. ¿Qué es lo que ha sucedido? Que el término desconocido de nuestra espera, el infinito que anhela nuestro corazón, el «sin límites» se ha hecho hombre, se ha hecho presente. «El Verbo se hizo carne»<sup>17</sup>.

Nuestros calendarios están planteados todavía según la fecha de aquel Hecho, de aquel acontecimiento. Nos encontramos en el 2021 *después* de Cristo. Pero la mera transmisión verbal de la noticia no basta para que se vuelva creíble a nuestros ojos; no nos basta encontrarla escrita en algún libro de Religión o de Historia y cada año en el calendario. ¿De qué modo se puede verificar el contenido que porta? Quien viene al día siguiente o dos mil años después –es lo mismo– de Su desaparición del horizonte terreno, «¿cómo puede estar en condiciones de saber si Él responde a la verdad que pretende?»<sup>18</sup>.

Empecemos diciendo que, puesto que ha sucedido en la historia como un hecho, también hoy debe ser interceptable como hecho para que podamos reconocerlo como el cumplimiento de nuestra espera. Deben respetarse las características originales del anuncio cristiano: «un ser divino que se hizo hombre»<sup>19</sup>, un hombre que se puede encontrar por el camino, una presencia integralmente humana que implica el método del encuentro.

Si hace dos mil años fue un hecho lo que cumplió la aspiración infinita del hombre, hoy no pueden hacerlo los discursos o las reglas; tampoco nos puede bastar leer el relato de los sucesos en un libro, por muy importante que sea. El corazón del hombre no ha cambiado, su exigencia de plenitud sigue siendo idéntica, y solo un hecho puede corresponder a ella. Como la vacuna contra el Covid: debe ser algo real, al alcance de la mano de todos, para poder verificar su eficacia. No basta saber que se ha descubierto, sino que cada uno tendrá que poder verla, tocarla, sorprender sus efectos positivos en sí mismo.

Nosotros tenemos que poder interceptar ese «hecho» de hace dos mil años como hicieron los primeros que se encontraron con Jesús. Pero ¿cómo puede el hombre de hoy, cómo podemos tú y yo encontrar esta presencia dos mil años después? ¿Qué rostro, qué fisonomía tiene? «Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta, se presenta, bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, se da con una humanidad diferente, que nos sorprende porque corresponde a las exigencias estructurales del corazón mucho más que cualquiera de nuestros pensamientos o de nuestras fantasías: no nos lo esperábamos, no podíamos ni soñarlo, era imposible, no podíamos hallarlo en ninguna otra parte»<sup>20</sup>.

Como le pasó a Mikel Azurmendi que, estando en el hospital gravemente enfermo, se topó con algo que transmitía una diferencia humana, un acento nuevo, distinto de todo lo que le había sucedido hasta entonces. Escuchó en la radio a un determinado periodista que mostraba un modo de juzgar los acontecimientos distinto del de los demás, y lo reconoció como algo que por fin correspondía. Al salir del hospital, conoció a otra persona de la misma compañía que lo miró de un modo tan humano que le hizo experimentar una correspondencia totalmente única con su experiencia

---

<sup>17</sup> Jn 1,14.

<sup>18</sup> L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 13.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>20</sup> L. Giussani, L. Giussani, *Un acontecimiento en la vida del hombre*, Encuentro, Madrid 2021, p. 179.

elemental. Y después se topó con otra, y con otra más, y vio que todas esas personas tenían un mismo acento, la misma mirada, estaban en la realidad de una forma diferente, más humana. Y esto lo atraía llenándolo de admiración y desafiándolo en lo profundo de su ser<sup>21</sup>.

Es una dinámica que puede, más aún, debe suceder incluso en quien ha tenido ya un cierto encuentro y vive a remojo en una experiencia como la cristiana. De no ser así, después del encuentro acabará cayendo en el escepticismo de Montale.

Me escribe un joven universitario: «Hasta hace pocos días parecía que mi vida había perdido brillo, empezaba a marchitarme. Un día mi padre recibe una llamada desde su trabajo en la que le dicen que tiene que confinarse de modo preventivo por haber estado en contacto con un cliente que ha dado positivo aunque asintomático. Dos días después su prueba da positiva, todos en cuarentena. A la semana siguiente, sorteado el peligro, sigo adelante casi por inercia. No tengo ni siquiera fuerzas para llamar a algún amigo, porque en la vida de casa no hay espacio para lo que tú llamas acontecimiento. Después de algunos días, harto de este continuo intento de mantenerme a flote, trato con todas mis fuerzas de implicarme en las cosas que tengo que hacer (ayudar a mi madre en casa, cocinar para mi familia) para volver a encontrar alguna chispa de vida verdadera, pero nada. El límite me hunde todavía más. Entonces me entrego a los libros. Pasa el tiempo, miro la hora, son las 18:30 y me acuerdo de que hay un encuentro tuyo con los universitarios. Dudo durante un par de minutos: “Voy-no voy”, pero al final me conecto. En un momento dado, escucho a alguien que dice: “Después de la experiencia de plenitud que he vivido durante las elecciones universitarias, que han terminado además con un resultado inesperado y muy satisfactorio, he percibido un extraño malestar. ¿Cómo puedo vivir todavía esa experiencia de plenitud ahora que he vuelto a las cuestiones más cotidianas?”. Y tú empiezas a responder: “Los aspectos particulares que nos dejan un extraño malestar son decisivos...”. Algo se desencadena en mí y durante el resto del encuentro me quedo pegado al ordenador esperando otras palabras que me devuelvan la vida. Cierro Zoom y vuelvo a la “vida verdadera”. Ceno, recojo la mesa, me siento un rato delante de la televisión... Todo parece normal, y sin embargo, cuando me voy a la cama no me puedo dormir, vuelvo a pensar en lo que nos has dicho y, dejando a un lado mi orgullo, me pongo a rezar de forma tan humana que cuando lo pienso ahora todavía me conmuevo. Al día siguiente ya no soy el mismo. Sorprendo en mí una serenidad “absurda” que, misteriosamente, se transforma en una alegría inimaginable al tratar a mi familia, al cocinar y estudiar. ¡Y pensar que ni siquiera quería conectarme! Estoy abrumado por la gratitud. ¡Qué pasada vivir así!».

Solo podemos conocer la verdad de la noticia que nos alcanza hoy si nos topamos con el acontecimiento de una humanidad nueva y experimentamos el cambio que esto genera en nosotros: una «serenidad “absurda”» —el adjetivo con que los jóvenes de hoy califican cualquier cosa sorprendentemente grande—, una «alegría inimaginable», porque el hombre no puede dársela a sí mismo. Se trata, escribe Cabasilas, de una «vida nueva, porque no tiene nada que ver con la antigua, mucho mejor de lo que podría concebirse pues, aun siendo propia de la naturaleza humana, es vida de Dios»<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> Cf. J. Carrón, *Solo ves lo que admiras*, Jornada de apertura de curso de adultos y universitarios de Comunión y Liberación. En conexión por video, *clonline.org*, 26 de septiembre de 2020.

<sup>22</sup> N. Cabasilas, *La vita in Cristo*, op.cit., p. 126; la traducción es nuestra.

### 3. Irreductibilidad del hecho cristiano

Observemos mejor la naturaleza de este «hecho» que genera una humanidad nueva. Todos nosotros estamos dentro de una historia que transmite, en mayor o menor medida, la noticia del cristianismo provocando distintas reacciones. Pienso otra vez en Azurmendi. Antropólogo y sociólogo de prestigio, ya sabía del cristianismo, conocía su doctrina, la moral, los valores; pero no fue este conocimiento lo que despertó en él el interés por el cristianismo siendo ya mayor. Por el contrario, se había distanciado desde hacía años, había pasado página, como se suele decir. ¿Qué hizo saltar en él la chispa hace algunos años, hasta el punto de encender una curiosidad y un deseo de descubrir nuevamente qué es el cristianismo, derribando el muro que los conocimientos anteriores habían construido? ¿Qué desafió su planteamiento, su actitud? Un «hecho» que se mostró irreductible a sus explicaciones de estudioso y de hombre, que él no pudo reconducir a las categorías con las que, hasta ese momento, había mirado la realidad, incluido el cristianismo.

Era un «hecho» que no se podía subsumir, englobar en su planteamiento general, que no se podía explicar con el marco conceptual que utilizaba, con sus esquemas de pensamiento. Azurmendi no pudo «subsumir» –es decir, reconducir, englobándolo– en uno de sus conceptos, de sus universales abstractos, como dice Giussani<sup>23</sup>, el hecho representado por ese programa de radio –y después por los encuentros que se produjeron tras salir del hospital–, justamente por la diferencia que portaba. Era tan diferente que se vio conquistado, atraído por ese hecho, se llenó de curiosidad, se vinculó a él, se sorprendió apegado. Y esto introdujo en él un conocimiento nuevo, un modo nuevo de tratarlo todo, y lo regeneró. Se volvió más él mismo. Como decía el amigo que hemos citado antes: «¡Al día siguiente ya no soy el mismo!», es decir, era más él mismo.

No todo encaja en los conceptos ya consolidados, en los esquemas en los que estamos acostumbrados a englobar lo que sucede. Hay hechos que no se dejan reducir, que encierran algo que contesta, que derriba, que excede el marco conceptual disponible. Estos «hechos», lo hemos dicho con frecuencia, son «personas o momentos de personas»<sup>24</sup> que llevan consigo una novedad, una verdad humana que es profundamente deseable, que no se puede comparar, que parece imposible. San Pablo habla de «criatura nueva» en este sentido. «Ser hombre nuevo significa ser alguien que durante toda su vida anuncia, mediante lo que ya está presente en él, a Aquel que viene»<sup>25</sup>. Quien se topa con estos hechos y se deja atraer por ellos, empieza a experimentar en sí la misma novedad en el modo de vivir la realidad, y es el primero en sorprenderse: «¡Qué pasada vivir así!».

«Querido Julián, en los últimos seis meses ha sucedido algo que ha marcado profundamente mi forma de estar frente a todo. La nada de la que tanto hablamos entró brutalmente en mi vida. Un día cualquiera de junio llegó la noticia de que el novio de mi hermana se había quitado la vida de forma inesperada. Fueron días de gran dolor y consternación. Me quedé en casa con mi hermana para hacerle compañía. Era evidente que ningún tipo de discurso, religioso o de otro tipo, podía salvarnos

<sup>23</sup> «La mentalidad común, [...] para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro de lo universal abstracto» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 85).

<sup>24</sup> L. Giussani, Cartel de Pascua 1992.

<sup>25</sup> P. Evdokimov, *L'amore folle di Dio*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2015, p. 69; la traducción es nuestra.



del drama que este hecho había suscitado en nosotros, abriendo una herida que sangraba constantemente. ¿Hay algo que se mantenga hoy en pie para mí? ¿Qué quiere decir ahora que Cristo venció a la muerte hace dos mil años? ¿Qué significa que la muerte no es la última palabra sobre todas las cosas, especialmente frente a alguien que la elige? ¿Cómo puede la vida llegar a ser más vida? ¿Cómo puedo vivir ahora el ciento por uno aquí?». Todo lo que se le ha comunicado como promesa del cristianismo tiembla ante semejante sacudida: ¿es verdad todo esto? «¿Y mi hermana? En definitiva, ¿hay esperanza? Tuve que reconocer enseguida, poco a poco, que la compañía de algunos amigos empezó a hacer crecer la conciencia de que Cristo se ha hecho carne para mí, para que yo pueda experimentar la intimidad y la concreción de la relación con Él. Experimenté lo que escribías en *Un brillo en los ojos*: «Cristo es una presencia contemporánea. Darse cuenta de ello implica exactamente la misma experiencia de hace dos mil años [...], es decir, el impacto con la presencia de una humanidad distinta que despierta un presentimiento nuevo de vida, que impresiona porque corresponde como ninguna otra cosa a la sed estructural de sentido y de plenitud que hay en nosotros. También hoy se trata de la experiencia de un encuentro en el que [...] ‘se contenía todo significado, [...] todo lo deseable, todo lo justo, todo lo bello y todo lo amable’». Cristo estaba venciendo en mí, en todas mis heridas y objeciones con respecto a estos meses, con Su contemporaneidad, que en esos días pasaba a través de los rasgos humanos de esos amigos. Su mirada generaba en mí la esperanza de que nada se perdería de esa vida aparentemente tirada, de esa vida que se había cruzado con la de mi hermana y la mía. Lo digo no porque sea una exaltada, sino porque esta es mi experiencia: para mí es imposible separar la pregunta “¿Hay esperanza?” de Su carne presente aquí y ahora».

La criatura nueva es el fruto de este acontecimiento. El acontecimiento inicial lo vemos vibrar hoy en el sujeto nuevo que genera. Volvamos una vez más a las palabras de Giussani: la criatura nueva «tiene una capacidad de conocer lo real distinta de la que tienen los demás». Esta «nace de la adhesión a un acontecimiento, del *affectus* a un acontecimiento al que nos apegamos, al que decimos que sí. Este acontecimiento es un hecho particular en la historia: tiene pretensión de universalidad, pero es un punto particular dentro de ella. Pensar partiendo de un acontecimiento significa ante todo aceptar que no soy yo quien define dicho acontecimiento, sino que más bien estoy definido por él. Dentro de su ámbito es cuando aflora lo que realmente soy y la concepción del mundo que tengo. Esto contradice a la mentalidad común, la cual, para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro de lo universal abstracto»<sup>26</sup>.

La novedad que introduce el acontecimiento en la vida es también la verificación, la demostración de la verdad del encuentro inicial. ¿Cómo puedo saber si el aspecto particular con que me topo es el acontecimiento de Cristo hoy? Solo lo sabré si demuestra –como en los testimonios que acabamos de citar– su «pretensión universal», su capacidad de iluminar cualquier circunstancia o situación, incluso la más desconcertante, que es la muerte.

«Cada vez me asombra más el hecho de que la esperanza tiene como origen el acontecer continuo de una presencia irreductible y totalmente correspondiente con el corazón. Me he dado cuenta de que se me han dado hechos que me están sosteniendo y que no puedo atribuir al buenismo o al temperamento de alguien. A comienzos de diciembre un querido amigo mío entró en un monasterio:

---

<sup>26</sup> L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 85.

la humanidad plena y enamorada de la vida que me ha testimoniado, la certeza de haber encontrado a Dios y, en virtud de este amor, de “tenerlo todo ya” –hasta el punto de dejarlo todo, “para que nada se pierda”– siguen siendo un punto de inflexión en mi vida cotidiana. Con su simple estar en el monasterio y con la forma misma de su vida, me recuerda con potencia que la respuesta total a la espera de mi corazón existe y puedo encontrarla. Es una ayuda enorme para la memoria: entro en cada jornada y en las cosas con una espera ardiente que me hace vivir en diálogo con todo. Pero ¿qué nexo hay entre su presencia “totalmente conquistada” y la esperanza? Desde hace algunos meses un amigo ha sido diagnosticado de ELA. En medio del drama de esta circunstancia, no consigo quitarme de la cabeza su rostro que me dice cada noche: “Por todo lo que he visto y ha sucedido, esta noche también me voy a la cama contento y agradecido. El Señor está cumpliendo su promesa”. La enfermedad empeora progresivamente y él está agradecido. ¿Qué sostiene la posibilidad de felicidad total de su corazón, incluso dentro de no poder hacer absolutamente nada? Yo no veo lo que él ve, pero lo veo a él, que se me ha dado. Al terminar el año propuse a algunos chavales con los que comparto la experiencia de los scouts tener un encuentro sobre el primer capítulo de *El sentido religioso*, con el deseo de poder compartir con ellos el instrumento que estoy descubriendo que más me ayuda a vivir, el corazón. Cuando les pedí al terminar diciembre que compartieran lo más bonito del año (en un año de Covid había la posibilidad de oír hablar únicamente de fatiga, negatividad y dolor), una de ellas dijo: “Cada vez que se habla del corazón en una reunión o en un encuentro con alguien, me pregunto: ¿pero yo escucho mi corazón? ¿Soy capaz de seguirlo? ¿Es el descubrimiento más precioso de este año!”. Cuando hace algunas semanas volvieron a cerrar los colegios –soy profesor–, en medio de la frustración inicial surgió en mí una pregunta: ¿acaso no se me da nuevamente la ocasión de aprender a amar a esos alumnos que hoy están y mañana no estarán? Con este interrogante fui a misa y me conmoví cuando me di cuenta de que también en zona roja, también con el colegio cerrado, Cristo se me sigue dando. “Mi corazón está alegre porque Tú, Cristo, vives”: ¡he aquí la esperanza! ¿Dónde vives? En la presencia imposible, pero real, del amigo que está en el monasterio, en el rostro alegre del amigo que está yendo al encuentro de su destino a través de la enfermedad, en el movimiento que me genera posibilitando que me dé cuenta de todo esto hasta el punto de apostar por el corazón de chavales que están “a merced” del mundo. ¡Cuántos hechos estoy viviendo cada día que me permiten experimentar la correspondencia y me recuerdan que Cristo está vivo y lo es todo! Solo esto me sostiene. Hace algunos días, dentro del gesto de “caritativa” en el que participo, llevé una caja de alimentos a una familia. Me ofrecieron un café. Como tenía todos estos hechos en los ojos, decidí, por primera vez, quedarme un rato con ellos. En el salón, con las debidas distancias, estaba toda la familia. Una de las hijas me miraba en silencio, y se veía que tenía dentro una pregunta: “¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te interesamos?”. Cuando Cristo habita en el corazón, la realidad –incluso la que es lejana– se convierte en una casa habitable. Doy gracias de rodillas al movimiento por custodiar esta mirada humanamente viva y llena de esperanza, porque es Su presencia que se hace carne en mi vida».

Para desafiar la mentalidad de todos, el «hecho» no tiene por qué ser algo clamoroso. La potencia del hecho, de ese aspecto particular, no depende de su vistosidad. Puede tratarse tan solo de un soplo, pero es un soplo en el que hay una diferencia que atrae. Su potencia, su carácter único reside en la diferencia que conlleva. Azurmendi lo percibió estupendamente en el periodista que hablaba en la

radio. Para referirse a este hecho, en una conversación con Giovanni Testori en 1980, Giussani hablaba de personas que son «presencias»<sup>27</sup>.

A menudo somos testigos de hechos como los que se han descrito, pero no es raro que, en lugar de seguirlos con sencillez, como hizo Azurmendi, los englobemos en nuestro sistema de pensamiento, en lo que ya conocemos. Y entonces no nos dicen nada nuevo. Podemos pertenecer a la historia cristiana, donde se ven muchos de estos hechos, y seguir reduciendo el cristianismo a ética, a rito o a estereotipos tomados del imaginario común. Sin embargo, ninguna de estas reducciones es capaz de suscitar esperanza.

En el momento en que el cristianismo sucede como acontecimiento y es acogido, nos damos cuenta de la diferencia que introduce en la vida. Quien participa del cristianismo como acontecimiento desenmascara cualquier imagen reductiva del mismo. Es lo que le ha pasado a una joven amiga que me escribe: «Hace unos días pasó algo que me ha ayudado a entender lo que ha sucedido en mi vida. Estaba conversando con mi madre sobre la Navidad y en un momento dado me dijo medio en broma que ella, en el fondo, quiere creer que existe Papá Noel, porque necesita creer que existe una figura que pueda traer esperanza, un rostro en el que pensar y del que decir: “Él lo puede todo, en él pongo la esperanza de que todo vaya bien”. Este comentario de mi madre me hizo entender la preferencia de la que he sido objeto al encontrar el movimiento. Mi madre es una mujer creyente, va a misa todos los domingos, ¡y sin embargo pone su esperanza en Papá Noel porque para ella es un rostro definido, concreto! Para mí ha sido la prueba de que a veces se reduce a Dios a algo abstracto, a una idea. En cambio, yo me encuentro con Dios todos los días, está presente y puedo reconocerlo gracias a mi pertenencia a una historia. Haberlo descubierto en el encuentro con esta historia particular ha hecho nacer en mí la esperanza».

Toparnos con presencias irreductibles nos libera de la condena a sucumbir a las imágenes tomadas de la mentalidad común. Solo estas presencias llevan dentro de sí, arraigado profundamente en sus entrañas, el fundamento de la esperanza.

«¿Hay esperanza?». Es una pregunta que me cuestiona seriamente. En un tiempo como este (estudio Medicina y la situación sanitaria me interpela muy de cerca) responder a ella con frases teóricas solo es posible por poco tiempo. Al final del día, estas situaciones quitan el sueño y las fuerzas. Tiene que haber a la fuerza una respuesta verdadera que resista la dramaticidad del día a día, pues la respuesta teórica solo hace que todo se vuelva más pesado [termina por incrementar el nihilismo, añado yo]. Tratando de responder a la pregunta: “¿Hay esperanza frente a la enfermedad de mi padre?”, lo único que me permite responder es mirar a mi padre. ¿Hay esperanza frente a esta pandemia? Lo que me viene enseguida a la mente [parece un “soplo”] son los ojos entusiastas de una amiga que, en medio de la fatiga del trabajo en el hospital, nunca se echa para atrás. Y así, revisando todas las situaciones que me cuestan, lo único que me permite decir que hay alguna esperanza son ciertos rostros en los que esta esperanza existe. Sin embargo, aquí el drama se intensifica, no se calma. Al verlos a ellos, me entran ganas de ser como ellos y de poder estar frente a la vida con sus mismos ojos [como le pasó a Azurmendi, que se decía a sí mismo: “¿Cómo me gustaría mirar el mundo como lo mira este periodista!”], pero me doy cuenta de que no puede tratarse de un esfuerzo

---

<sup>27</sup> «Yo no logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de estas personas que sean una presencia. El multiplicarse de estas personas y una inevitable simpatía [...] entre estas personas» (L. Giussani - G. Testori, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2014, p. 77).

mío, porque si así fuera, al final del día me iría a la cama cansada de contabilizar cada éxito y cada fracaso [sería como reducir todo a ética nuevamente]. Entonces me pregunto: “¿Para qué sirve?”. Todos los días me sorprende ante alguna persona que vive con verdad, que me atrae y que me pone en movimiento porque me hace envidiar su forma de mirar las mismas cosas de las que ya estoy harta a las ocho de la mañana. La mayoría de las veces, este atractivo se apaga al cabo de dos horas, pero alguna vez me lleva a ponerme en juego. Entonces me pregunto: ¿es suficiente con seguir a estas personas? ¿Basta con mantenerme en relación con estas presencias reales que salpican mis días y por las que me siento, aunque solo sea un instante, comprendida en todas mis fatigas y dramas?».

La respuesta a este interrogante plantea un problema de libertad. Frente a presencias que llevan consigo el fundamento de la esperanza, cada uno debe decidir ante todo si secunda o no el deseo de ser como ellos y de estar en su compañía.

#### 4. La experiencia y los criterios del corazón

Pero, ¿cómo reconocer estas presencias por lo que son, por lo que traen consigo, por su verdadero valor, hasta llegar al origen de su diferencia? Es una cuestión que nos concierne y que no se le ahorró ni siquiera a los apóstoles. Más aún, ellos fueron precisamente los primeros que tuvieron que afrontarla.

Cuando la presencia de Jesús empezó a imponerse y su fama se fue difundiendo por las cosas que decía y hacía, empezaron también a circular las distintas interpretaciones de su figura, con el concurso de los que se sentían amenazados en su poder, en su «autoridad», es decir, los escribas, los fariseos, los intelectuales y los jefes del pueblo. Aquellos primeros que empezaron a ir detrás de Él, ¿cómo pudieron llegar a entender que merecía la pena seguirlo, vincularse a Él, apostar por Él toda la vida?

¿Cómo reconocer, entre tantos rostros humanos parecidos, *el* rostro? ¿Qué criterio podemos utilizar? Ya debería resultarnos familiar, deberíamos haberlo aprendido de la experiencia. El único criterio adecuado para reconocer las presencias que llevan consigo un significado adecuado para la vida es ese con el que la naturaleza nos lanza a la comparación universal con todo lo que encontramos: el corazón, es decir, ese conjunto de evidencias y exigencias –de verdad, belleza, justicia, felicidad– que salen a la luz en nosotros cuando estamos comprometidos con lo que probamos. «En la experiencia, la realidad [...] que te toca, te golpea, te afecta (*affectus*)», dice Giussani, «hace que salten los criterios del corazón, despierta tu corazón que antes estaba confundido y dormía, y por ello te despierta a ti mismo. Ahí empieza tu camino, porque estás despierto, eres crítico»<sup>28</sup>.

Se trata de criterios objetivos e infalibles que obran en nosotros, incluso a pesar de nosotros mismos, y no nos dan tregua. Como documenta Pavese de forma dramática. El 14 de julio de 1950, después de haber recibido el Premio Strega, escribe: «Vuelto de Roma, desde hace tiempo. En Roma, apoteosis. ¿Y qué?»<sup>29</sup>. Era como si se hubiese hecho realidad lo que él mismo había anotado muchos años antes en su diario: «Hay una cosa más triste que no lograr los propios ideales: salir

<sup>28</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, BUR, Milán 2011, p. 83.

<sup>29</sup> C. Pavese, «14 julio 1950», en Id, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 2012, p. 400.

triumfante»<sup>30</sup>. Menos de un año antes de su muerte confiesa: «¿Cuántas veces has escrito en estas últimas notas *Y después?* Ya empezamos a estar en la jaula, ¿verdad?»<sup>31</sup>. El 22 de junio de 1950, ante la noticia del gran éxito, había escrito: «Es una felicidad. Indudablemente. ¿Pero cuántas veces la disfrutaré todavía? ¿Y luego?»<sup>32</sup>. ¿Qué le faltaba a su vida, tan exitosa a los ojos del mundo? 17 de agosto de 1950: «No importan los nombres. ¿Son algo más que nombres al azar, nombres casuales – si no aquellos, otros? Queda que ahora sé cuál es mi más alto triunfo – y a este triunfo le falta la carne, le falta la sangre, le falta la vida»<sup>33</sup>. Bajo el peso de esa falta, diez días después se quitaría la vida.

Una experiencia análoga anota Camus en sus *Carnets* el día del gran éxito: «17 octubre. Nobel. Extraña sensación de abatimiento y melancolía»<sup>34</sup>.

No podemos eludir los criterios constitutivos del corazón, la exigencia de significado, de justicia, de felicidad, de amor. Se pueden acallar o censurar hasta cierto punto, pero no se pueden extirpar. Forman parte intrínseca de la experiencia. Giussani denuncia la dificultad que tenemos para reconocer que «el principio del juicio sobre la experiencia se halla en la experiencia misma». Pero, subraya, «si no fuese verdad que los principios con los que juzgar la propia experiencia se encuentran dentro de la experiencia misma, el hombre estaría alienado, porque dependería de otro para juzgarse a sí mismo»<sup>35</sup>. Tales exigencias no nacen en lo que uno prueba o siente, «sino que nacen en él ante lo que siente, en él en tanto que está comprometido con lo que prueba»<sup>36</sup>, y juzgan lo que prueba y siente.

El criterio para juzgar debe ser «inmanente a la estructura originaria de la persona». Se trata del «criterio objetivo con el cual la naturaleza lanza al hombre a la confrontación universal, al dotarle de ese núcleo de exigencias originales, de esa experiencia elemental con la que todas las madres dotan del *mismo* modo a sus hijos. Solamente aquí, en esta identidad de la conciencia última, está la superación de la anarquía»<sup>37</sup>, del subjetivismo.

No se puede hablar de experiencia, como a veces se ha tratado de hacer, identificándola con un mero probar algo. «La categoría de *experiencia* que usamos nosotros tiene un valor absolutamente crítico», afirma Giussani. No debe ser entendida como una «inmediatez sentimental», sino como «el lugar en que el impacto con la realidad provoca las exigencias constitutivas del corazón del hombre, desarrollando la búsqueda de una respuesta a las provocaciones que plantea la realidad». Y esto tiene como consecuencia que «*la experiencia* es por tanto el ámbito en que la persona está llamada a verificar si el hecho de Cristo –la verdadera gran hipótesis de trabajo– es capaz de responder a los interrogantes que se han despertado, con una autenticidad y una totalidad en la visión de los factores que el resto de propuestas no tienen». Y enseguida añade: «Por ello, CL se plantea únicamente como una voluntad de redescubrir y vivir de un modo más auténtico el hecho de que la fe cristiana, tal

<sup>30</sup> C. Pavese, «18 diciembre 1937», en *Ibidem*, p. 77.

<sup>31</sup> C. Pavese, «16 octubre 1949», en *Ibidem*, p. 378.

<sup>32</sup> C. Pavese, «22 junio 1950», en *Ibidem*, p. 400.

<sup>33</sup> C. Pavese, «17 agosto 1950», en *Ibidem*, p. 402.

<sup>34</sup> A. Camus, *Taccuini. 1951-1959*, III, Bompiani, Milán 1992, p. 223.

<sup>35</sup> L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., pp. 83-84.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>37</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 22, 26.

como se ha mantenido dentro del marco de la ortodoxia, responde mejor que cualquier otra propuesta a las exigencias profundas del hombre»<sup>38</sup>.

Por ello, el verdadero desastre de hoy es el debilitamiento de la conciencia de tales exigencias, el ofuscamiento de la conciencia de la propia identidad. De hecho, Cristo ha venido a responder a los hombres, no a «seres vacíos como robots». Como dice la frase de Reinhold Niebuhr que he citado anteriormente, «nada hay tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se plantea». «La única intención de CL» es, por tanto, «testimoniar la razonabilidad de la fe, la fe como *obsequio razonable*, donde por razonable se entiende –según la concepción de santo Tomás– la experiencia de una correspondencia entre la propuesta de la fe y las exigencias estructurales de la conciencia humana»<sup>39</sup>.

La diferencia del evento cristiano consiste por entero en la experiencia que genera. El hecho del encuentro con Jesús provoca en los discípulos la experiencia de una correspondencia incomparable: «Hemos encontrado al Mesías». El resto de eventos favorables, que incluso deseamos que nos sucedan en la vida, incluidos los éxitos que conseguimos obtener, no satisfacen la espera, no mantienen la promesa, son al final fuente de una profunda desilusión. Frente a ellos, también nosotros nos reconocemos en la reacción de Pavese: «¿Y qué?».

Volvamos a la cuestión. La experiencia en sentido auténtico, como lugar de conocimiento y de verificación, no se puede identificar con una simple impresión subjetiva o una reacción sentimental. La experiencia es una «unidad del acto vital que resulta de tres factores diferentes: a) *El encuentro* con un hecho objetivo [...] independiente de la persona que tiene la experiencia [...]. b) El poder de percibir adecuadamente el significado de ese encuentro [...]. c) *La conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del Hecho con el que nos topamos y el significado de nuestra existencia [...]. Es la conciencia de esta correspondencia lo que verifica ese crecimiento de uno mismo que es esencial en el fenómeno de la experiencia». En una auténtica experiencia están necesariamente implicadas «la autoconciencia y la capacidad crítica del hombre»<sup>40</sup>.

Es lo que, de un modo distinto, dice el profeta Isaías: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!», es decir, ojalá sucediese el imprevisto, ojalá Dios respondiese verdaderamente a nuestra espera, «en tu presencia se estremecerían las montañas»<sup>41</sup>. El signo de que se cumple la promesa es el estremecimiento de alegría, el impacto que provoca el acontecimiento. Es lo que le sucedió a Isabel: en cuanto «oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre»<sup>42</sup>. Es el mismo estremecimiento de Juan y Andrés que, después de toparse con Jesús y pasar con Él toda la tarde, dicen a todos: «¡Hemos encontrado al Mesías!». También Azurmendi experimentó este asombro: «No esperaba encontrarme nada de esto en la vida. Fue una sorpresa tremenda. Se sale de lo acostumbrado [...]. Y poco a poco entro en un estado emotivo de admiración»<sup>43</sup>. El signo de que este acontecimiento vuelve a suceder es un sobresalto de alegría.

---

<sup>38</sup> L. Giussani, «Il ragionevole ossequio della fede», entrevista de A. Metalli, *30Giorni*, n. 5, 1988, pp. 40-41; la traducción es nuestra.

<sup>39</sup> *Ibidem*.

<sup>40</sup> L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 120-121.

<sup>41</sup> Is 63,19.

<sup>42</sup> Lc 1,41.

<sup>43</sup> «El abrazo», transcripción de la entrevista televisiva a Mikel Azurmendi, realizada por Fernando de Haro para el Meeting 2020, en J. Carrón, *Solo ves lo que admiras*, op.cit., p. 11.

Por tanto, yo puedo reconocer lo divino presente en ciertas presencias, igual que Isabel reconoció a Jesús en el seno de María, por la correspondencia con el corazón, con mi humanidad, que experimento en el encuentro con ellas y que se manifiesta en un «sobresalto de alegría». Y la verificación de tal encuentro se halla en su capacidad de introducirme en la totalidad de la realidad, de hacerme afrontar cualquier situación, de desafiar cualquier circunstancia. «[Cristo], en su venida, ha traído consigo toda novedad, ha traído toda la novedad viniendo él mismo»<sup>44</sup> –dice san Ireneo–, ha traído la novedad de todas las cosas. ¡Qué experiencia debieron de tener esos primeros cristianos para describir a Cristo de este modo!

Ha sucedido y sigue sucediendo. Le ha sucedido al dueño de un bar en el corazón de una zona universitaria, frecuentado sobre todo por estudiantes.

«Los del CLU somos de los pocos que siguen yendo a la universidad, a las poquísimas aulas de estudio abiertas. Cada mañana tomamos café en el mismo bar y me he hecho amigo de los camareros. El viernes por la mañana mi primo fue el último en entrar y le preguntó al dueño, que trabaja en ese bar desde 1982, cómo iba la cosa. El dueño le respondió: “Bueno, el trabajo no va demasiado bien, pero por suerte estáis vosotros; yo sé que sois de CL, se ve enseguida, porque sois como los de hace treinta años. Es decir, sois los únicos que dais vida a la zona universitaria”. ¿Cómo es posible, me he preguntado, que haya sabido que somos de CL y que reconozca que somos lo mismo que los de hace treinta años? Pero, sobre todo, ¿cómo es posible que nosotros, entre los que también estoy yo, seamos definidos como los únicos que dan vida a la zona universitaria? El motivo no es una capacidad mía o nuestra. No, la cuestión es que yo he tenido un encuentro que ha cincelado, que ha marcado permanentemente mi corazón hasta el punto de cambiar mi forma de mirar la misma realidad de todos. Por ello no hay necesidad de hacer cosas extrañas, basta simplemente con que yo sea yo mismo. En mí ha crecido la conciencia, la confianza de que al final, o está Cristo o está la nada. Y es así porque en mi experiencia han sucedido muchos hechos que se han convertido en “manos de cola” que me han hecho pegarme a esta compañía, hasta el punto de decir: “Lejos de Él, ¿a dónde iré?”. Yo vivo en esta época, y no estoy desesperado ante los datos gracias a la experiencia que vivo: mi fe se expande también hacia el futuro. El arma con que afronto en mi vida cotidiana el desafío que me dirige esta situación es la confianza, la fe. Al tener esta certeza, sin hacer nada especial, siendo yo mismo, llevo algo que excede mi propia persona. Solo ahora vivo el presente con una esperanza».

Para el dueño del bar fue fácil reconocer una diferencia en esos jóvenes por el horizonte que daban a su vida.

---

<sup>44</sup> «*Omnem novitatem attulit, semetipsum afferens*» (San Ireneo, *Adversus Haereses*, IV, c. 34, n. 1: PG 7 pars prior, 1083).